

Una escultura romana del dios Pan

Era general opinión entre arqueólogos e historiadores que la romanización de Castilla no fué ni muy intensa ni muy rica en manifestaciones artísticas; modernos hallazgos, uno de ellos los magníficos mosaicos descubiertos en Valladolid por los profesores señores Rivera Manescau y Federico Wattenberg, vienen a demostrar que hay que modificar un poco aquella idea.

Otra prueba, aunque pequeña, de la riqueza artística de esa romanización, vamos a presentar a los lectores de nuestra revista.

En la primavera de 1955 y en la finca llamada Monte de San Miguel de Gros, término de Toro, apareció, al hacer una excavación de más de dos metros de profundidad, con el fin de obtener barro para hacer adobes, y como a un metro por debajo de la superficie, la parte inferior de la estatua de un dios Pan, en mármol.

Fué recogida por uno de los obreros; el mismo obrero, recogió también una vasija de barro cocido, que por su rara forma llamó también la atención de las personas (1) que trabajaban en el desmonte.

Con el fin de inspeccionar el emplazamiento de los hallazgos y la profundidad en que había aparecido, fué al citado monte en el verano de 1955.

En la falda de una ladera orientada al Norte, con pendientes de más de 45 grados por cima de ella y en un cortado de roca terciaria, brota una abundantísima fuente. No lejos de ella, brotan otras de menor caudal, lo que hace de este lugar un sitio frondoso con abundancia de vegetación arbórea, sotos de álamos y chopos; un pequeño oasis, raro rincón en Castilla, rodeado de encinas centenarias.

Como a unos cinco o seis metros de la fuente principal y a un metro de profundidad del nivel del terreno, aparecieron los objetos dichos y con ellos residuos de «tégulas» o tejas romanas, conchas marítimas y madrêporas de las que se forman bajo el fondo de los mares templados, aparecieron en trozos por doquier

(1) Ambos objetos fueron recogidos por el obrero Bernardo Malmierca de Peleagonzalo, el cual los ofreció al autor de este artículo.

retirados a un lado de la excavación por los obreros; no supo decirme el obrero Bernardo, que me acompañaba, a qué profundidad exacta había aparecido cada uno de los residuos.

Mi primera impresión al ver el trozo de estatua fué la de que debía de tratarse de Pan o sátiro.

Pareció confirmarme esta idea, el saber, —de labios de otras personas que me acompañaban, vecinos del pueblo de Peleagonzalo, que dista sólo de esta fuente menos de dos kilómetros y que conocen estos rincones como los de sus casas respectivas—; que esta fuente se la conoció siempre con el nombre de «La Fuente del Diablo» y que, hace unos treinta años, o menos, la señora dueña del monte, que había reformado la fuente, ensanchando su concavidad en la roca en forma de arco adornándolo con grutescos, tomó por su cuenta la decisión de que en lo sucesivo se llamaría «La Fuente del Ave María».

Muchos obreros, olivadores y pastores, que frecuentaban el monte, la seguían llamando «La Fuente del Diablo», con gran indignación de la madrina que le había salido a la fuente.

* * *

La estatua mediría, en su totalidad, estando completa, unos cuarenta centímetros de altura. La figura está apoyada contra el tronco de un árbol finamente representado con sus nudos. Debió de estar emplazada en un lugar muy inmediato al surgidero rocoso de la fuente y una parte del caudal de ésta, debía de salir por la boca de la estatua. Lo que no puede precisarse es si la estatua estaba adosada a un muro o destacada de él; más parece esto último a juzgar por la oquedad cilíndrica que recorre su interior. Por esto, me inclino a creer que ocupaba el centro alguna pila o depósito circular.

Muchísimos años debió estar el agua deslizándose a lo largo del cuerpo de la estatua, a juzgar por el espesor de la capa de sales calizas que han ido depositándose sobre el mármol a lo largo de él, y más naturalmente en la parte inferior que en la superior. Me propuse despojarla de esta costra mineral para mejor ver la pezuña y empecé a levantar la costra de la ingle de la pierna, en su inserción con el vientre, y al ceder la costra caliza, observé con sorpresa que en ésta y en la parte de mármol que había quedado al descubierto se ven abundantes huellas de

oro, lo que prueba que la estatua estuvo recubierta de este precioso metal. Este recubrimiento de oro de las estatuas de los dioses, era frecuente en la época romana.

Veamos la vasija de barro. Esta es la cabeza del dios. Cabeza que no es naturalmente la de la estatua puesto que la vasija es de barro y de una factura tosca y grosera; tiene sus cuernos y orejas de cabra, y toda ella surcada con rayas profundas, simulando el pelo; los ojos y los dientes están representados por trozos de cuarzo blancos hundidos en el barro tierno antes de su cocción, es hueca totalmente y las paredes en extremo delgadas. Este extraño objeto del que no he visto ninguno análogo ni en nuestro museo arqueológico de Madrid ni en otros, es a mi juicio un ex-voto ofrecido al dios.

Me fundo para ello, en que se halló otra máscara idéntica en el mismo lugar, la cual fué a parar a manos de un mozuelo, el cual, la quebró porque sus amigos le decían que él se parecía a la grotesca figura; así me lo aseguró el administrador del monte que la había visto en manos del rapaz.

Era frecuente entre los romanos el acudir a las fuentes consagradas a una divinidad, y beber el agua sagrada en vasijas de la forma de la cabeza del dios, con lo que doblemente quedaba aquella santificada; vasijas que dejaban después en la «mensa» o altar, en ofrecimiento a la divinidad. El hecho de haber aparecido dos vasijas-máscara idénticas hace pensar en esos ex-votos.

Eran éstos, obras groseras de alfareros locales, que las hacían con este fin.

Volvamos a la estatua. El dios debía de figurar tocando la siringa ya que los ex-votos eran toscas reproducciones de la cabeza del dios, y en esto se percibe que la boca no está en sentido horizontal sino más bien ladeada; que es el gesto típico de tocar ese instrumento. ¿Cuándo fué apeada la estatua de su lugar? La mutilación clara que se percibe de sus miembros y su rotura intencionada, al parecer, ya que siendo su tamaño tan pequeño, de no haber sido aquella intencionada, bien pudo haberse conservado completa o por lo menos no tan destrozada, hace suponer que fuese quebrantada por cristianos de la comarca, cosa acostumbrada en los primeros tiempos del cristianismo; y de ser así ¿en qué fecha tuvo lugar?

Los primeros documentos escritos sobre la finca donde está

la fuente datan del siglo XII en que el rey de León, Fernando II concede en 1162 a unos frailes premostratenses el Monte de San Miguel para que funden en él un convento (1). ¿Serían estos monjes los destructores de la estatua? Bien pudiera ser, dado que ha llegado hasta nosotros con el nombre, que tan bien le cuadra, de Fuente del Diablo; nombre, que sin duda, le pondrían aquéllos, ya que a estas figuras paganas con cuernos ya sean Panes o Sátiros, los primeros cristianos, las tenían por representaciones de Satanás.

Como ve el lector debió ser intensa la romanización de estas orillas del Duero.

¿Le rodeaba una ciudad o era el oratorio de una rica villa romana?

Sólo unas excavaciones afortunadas en los lugares del contorno podrían aclararnos este enigma.

Veamos ahora la localización geográfico-histórica de estos hallazgos. Entre la loma donde brota la fuente y la orilla del Duero, que dista sólo dos kilómetros, pasaba la calzada romana que iba desde Legio VII Gemina, a César Augusta por la margen izquierda del Duero. No podía pasar por otro sitio dada la gran altura de las lomas que por esta parte corren paralelas al río.

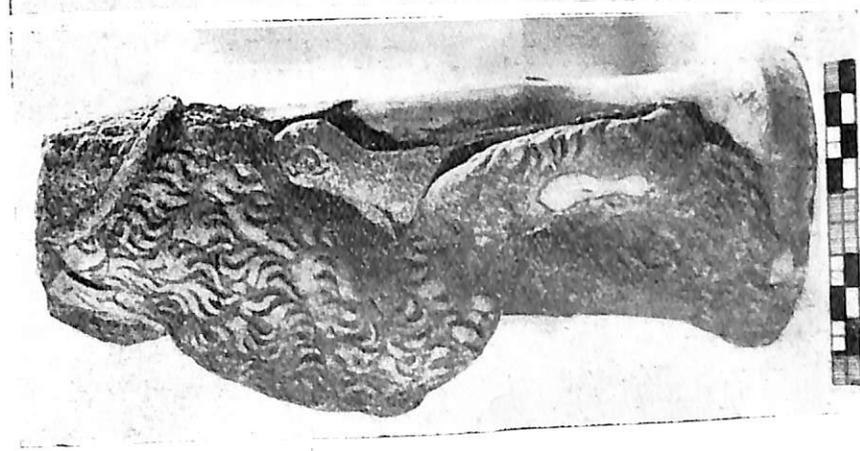
Esta fuente está entre las ciudades de Ocello Duri (Zamora) y Arbucala (Toro?). De ninguna de las dos existen documentos materiales que demuestren de una manera indubitable que estuvieran aquellas mansiones localizadas en esas ciudades. Historiadores y arqueólogos autorizados, opinan que Zamora está donde estuvo Ocello Duri (2). Pero que Toro esté donde estuvo Arbucala, está menos probado, aunque algunos así lo creen. El itinerario de Antonino, asigna como distancia entre Arbucala y Ocello Duri, 22 millas, distancia que equivale a cinco leguas y media castellanas; distancia que conviene más al emplazamiento de la fuente que a Toro, pues este está a seis leguas. No es mi deseo plantear teorías nuevas; apunto sólo el dato.

En un radio no menor de tres kilómetros a la orilla del Duero, he hallado «tégulas» en los siguientes sitios: Castro

(1) Del convento de premostrantenses y de otras construcciones posteriores quizás quedan hoy cimientos en un área bastante extensa, en la que se encuentran también hoy día tégulas romanas en la superficie.

(2) Saavedra, Fernández Duro. Gómez-Moreno.

a)



b)



a) Anverso y reverso de la escultura de Pan. b) Vasija de barro imitando cabeza humana.

Quemado (2 Kms.), La Sangradera (3 Kms.), Cerro del Muelo (3 Kms.), Pobladura de los Huertos (3 Kms.). A la orilla del Duero, en los regatos de fuerte pendiente que atravesaba un antiguo camino, antes de hacerse la actual carretera, se veían y pueden verse algunas paredes de fuerte mampostería equivalentes a los cimientos de la calzada romana del Puente de Toro, para contener las tierras en forma de badenes; obra frecuente en los lugares accidentados cuando por ellos discurría una calzada romana; estos paredones los atribuyo a obras de defensa de la calzada,

En un radio más alejado, se encuentran también otros restos romanos: al oriente, la cimentación del Puente de Toro (14 Kms.) y su calzada romana, ruinas de otro sobre el río Guareña, más al oriente (16 Kms.); y hacia poniente en el término de Villalazán (10 Kms.), pagos de «La Marranica» y «Los Castros», un poblado ibero-romano explorado en parte por el autor de estas líneas (1) y en el término de Madridanos, pago de la «Las Augueras» (10 Kms.) cimientos de una, al parecer villa romana, con su «hipocaustum» bastante completo, con sellos de alfarero en algunos de sus grandes ladrillos y lápida romana.

VIRGILIO SEVILLANO CARBAJAL

(1) La correspondiente memoria fué presentada en su día a la Comisión de Excavaciones en 1934.